

La frontera norte. Nunca es tarde...

David J. Weber

La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana (traducción Agustín Bárcena), Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

Felipe I. Echenique March

¿Cómo iba uno a considerar todo esto intolerable si no fuera por una especie de recuerdo ancestral de que las cosas habían sido diferentes alguna vez?

George Orwell

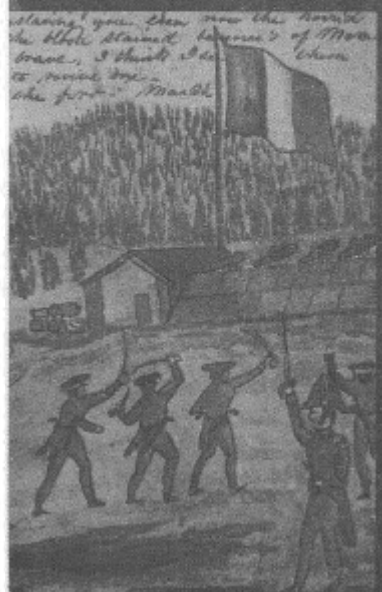
Hace aproximadamente cuatro años, el Fondo de Cultura Económica publicó el libro en cuestión. El título, antes que una adaptación editorial o publicitaria, corresponde al voluminoso original de lengua inglesa y, por otra parte, es importante señalar que incluye un apéndice y un ensayo bibliográfico. En las últimas líneas del texto se indica —y esperamos que no sea un puro formulismo o cortesía a la edición en castellano— que los muy

complejos acontecimientos ocurridos en la frontera norte de México —léase los territorios que nos arrebató el Estados Unidos de Norteamérica entre 1846-1848— sólo se pueden entender cabalmente cuando se estudia a la región desde el punto de vista mexicano y norteamericano.

Bajo dicha invitación, que no fija límites de tiempo, es que hacemos los siguientes comentarios.

Weber advierte en el prefacio que trató de recuperar las historias de los habitantes de aquellos territorios desde una perspectiva diferente a la de sus colegas norteamericanos. En principio, dice Weber, se trata de estudiar las historias de Texas, Nuevo México, California y el norte de Sonora (Arizona) como una sola historia y como una sola región; donde si bien se reconocen matices, también se puede encontrar una sola historia que en lo fundamental se derivó por una parte de las líneas económico, políticas y sociales que dictaban los gobiernos de la República y, por otra, de las aplicaciones que hicieron los gobiernos provinciales de aquellas y que condujeron a sus pobladores a asumir conductas y actitudes similares. Con tal propuesta de estudio, afirma Weber, no sólo se enriquecerá la historia de aquella región, sino también se integrará a la mexicana, que por lo demás ha sido totalmente olvidada o negada por la historiografía norteamericana.

David J. Weber
La frontera norte de México, 1821-1846
El sudoeste norteamericano en su época mexicana



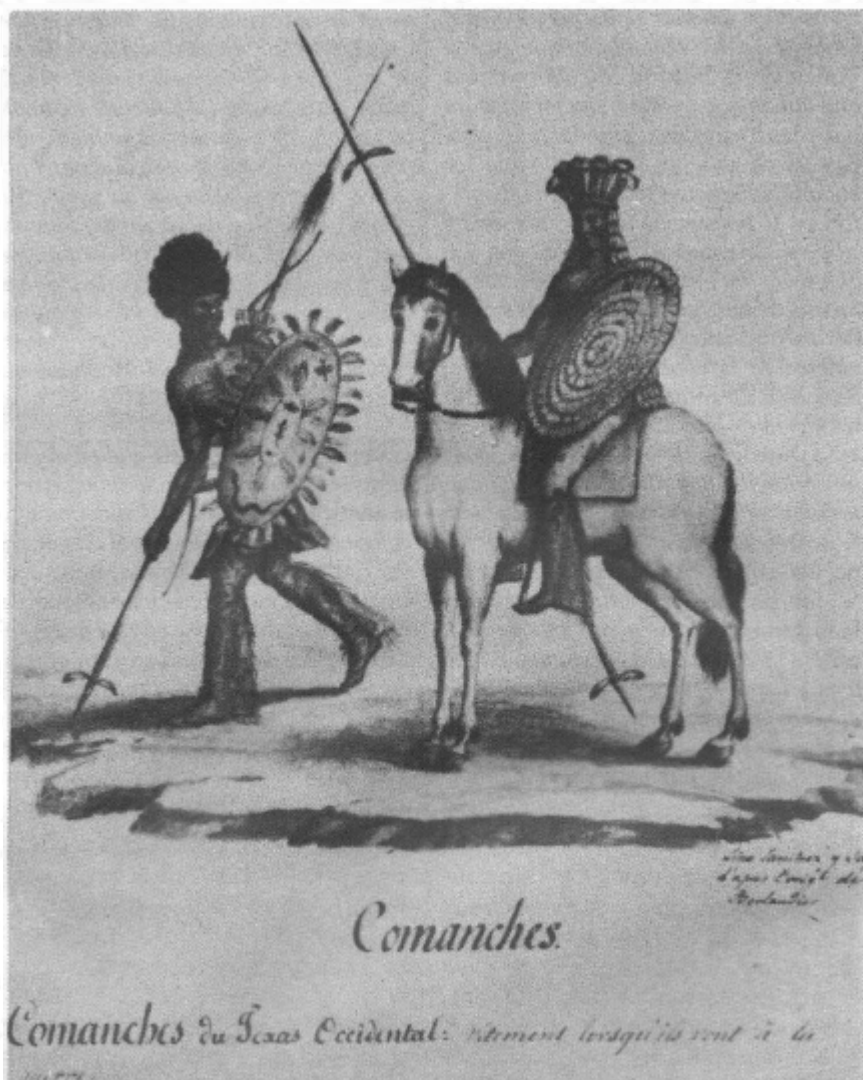
Dichos propósitos podrían hacernos pensar que ahora tenemos una verdadera historia de la usurpación norteamericana de los territorios mexicanos de Texas, Nuevo México, California y norte de Sonora (Arizona). Pero lo anterior se quedó en una mera promesa. Las intenciones quizá fueron unas, pero los resultados fueron otros. Tras un ropaje de academia se presenta al público un discurso político-historiográfico más acabado de las justificaciones que encontraron políticos e intelectuales norteamericanos para avalar doctrinariamente la expansión imperialista de Estados Unidos sobre territorios mexicanos.

La exposición de Weber quería convencernos de que la sustracción que hicieron los Estados Unidos de aquellos territorios se debió a la incapacidad de los gobiernos mexicanos de mantener la paz, armonía y desarrollo en todo el país. Lo anterior, enfatiza Weber, fue consecuencia natural de la existencia de dirigentes civiles inexpertos y a veces doctrinarios que ni pudieron poner orden ni mantenerse en el poder por las constan-

tes luchas entre la iglesia y el ejército. Estas circunstancias se vieron agravadas por el desafío abierto de los líderes locales cuyos intereses regionales eran más profundos que su lealtad a la nación.

Según los gobiernos aparecían y desaparecían, así también desaparecían, en esta baraja, las políticas de la frontera y ello hacía perder la continuidad. Los funcionarios clave comprendían la urgencia de los pobladores de la frontera norte, pero también los veían como una más de una interminable serie de urgencias.

Estas ideas de Weber no son muy distintas a las que vendió la prensa norteamericana y los discursos de los políticos entre 1821 y 1848 para justificar la ocupación de aquellos territorios. Entonces se trató de mostrar a la opinión pública que las causas que orillaban a los Estados Unidos a anexarse dichos territorios estaban, por una parte, en la identidad de la historia de estos territorios y la de Estados Unidos —léase lejanía de centro de decisión política, los



casi nulos vínculos económicos, políticos y sociales y una legislación inadecuada. Por otra parte, estaba el argumento compuesto de la integridad territorial de toda aquella inmensa área geográfica para salvaguardar la seguridad nacional. Y, por último, el de la redención de hombres y territorios de un gobierno y país anárquico y bárbaro que impedía el desarrollo de los hombres y la región y todo ello como parte de un solo destino manifiesto para la raza anglosajona.

Weber utiliza estos argumentos pero cubiertos con un ropaje de erudición académica, favorecidos por los datos que proporciona la misma historiografía que pretende superar. De hecho no hay una aportación seria de datos o perspectivas

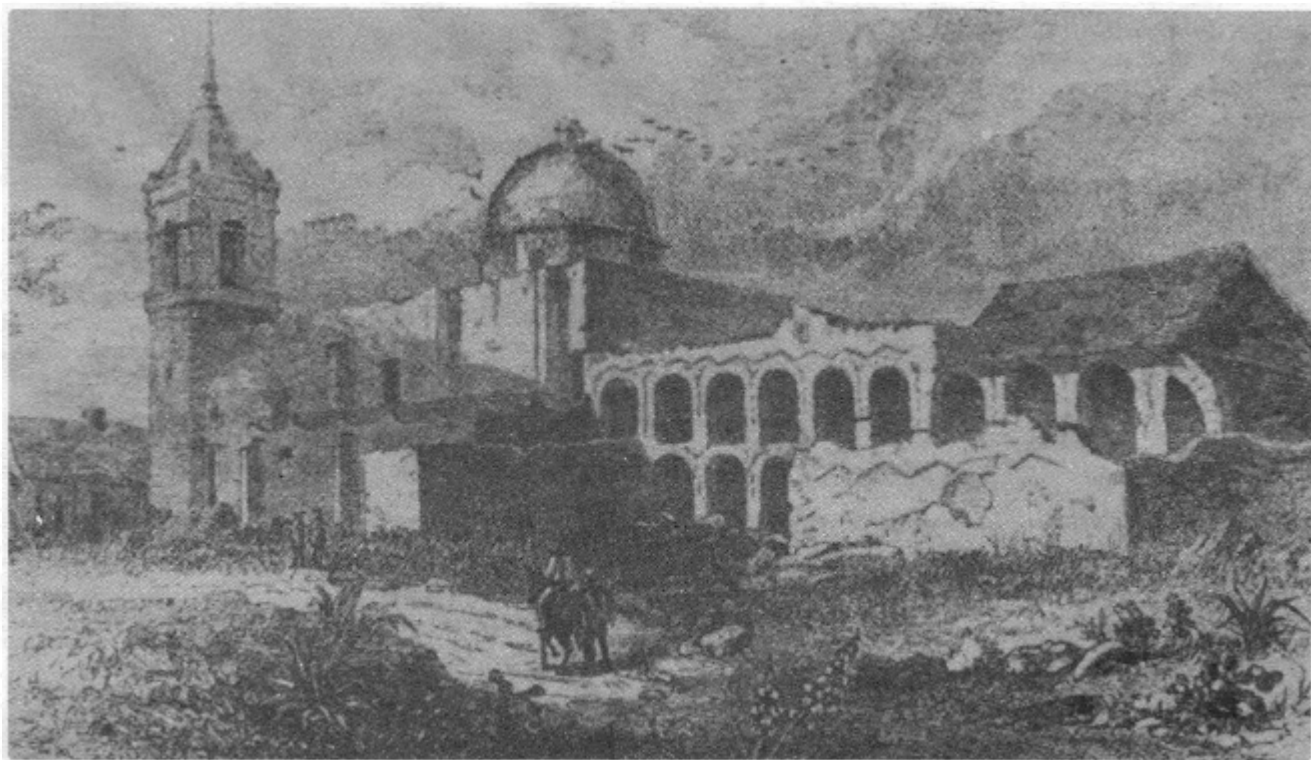
nuevas. Lo anterior se desprende seguramente de la propia visión que guarda Weber de la historia, donde hay más omisiones que intentos por rescatar las historias olvidadas o negadas. Los aborígenes de aquellas regiones, tanto los enculturados como los que permanecieron en la resistencia a los procesos de integración español o mexicano, no son objeto de la historia de Weber. De la misma manera se silencian las historias de los migrantes criollos, mestizos o nativos de la península de California, Sonora o de otras partes del territorio mexicano —colonos novohispanos y luego mexicanos—. Las historias de las misiones son superficiales al igual que la de los presidios y pueblos como la de Los Angeles. Ahora bien, si lo anterior no fue objeto de estudio del profesor Weber, por su muy particular visión de la historia, también se encargó de descartar la historia del expansionismo norteamericano y su política de expulsión de los nativos de los territorios que iban conquistando y las consecuencias que trajo sobre los territorios y comunidades que habitan los estados fronterizos de la República Mexicana. En honor a

la verdad, hay que decir que en alguna parte de su trabajo reconoce que los norteamericanos asusaron a las comunidades de apaches, comanches y cheroques para que robaran a las poblaciones mexicanas. Pero se rehúsa a mencionar la famosa *Indian Removal Bill* (ley del desalojo del indio aprobada por el congreso en 1830), la que creó más presiones territoriales de los apaches, comanches y cheroques sobre las poblaciones o territorios mexicanos, por las migraciones obligadas a que se vieron constreñidas tales comunidades.

Esas omisiones en la historia del profesor Weber contrasta con su exaltación del colonizador norteamericano tan caros a la historiografía norteamericana porque representan el espíritu de tesonería, pragmatismo, libre empresa y, en fin, libertad en general. Espíritu que según dicha historiografía fue promotor del desarrollo de los territorios del Oeste, al grado que pudieron integrar a los habitantes de aquellas regiones a la órbita de la economía e ideología norteamericana. El trabajo paciente y arduo de esos hombres fue el que permitió una anexión —en la visión de Weber y de la historiografía norteamericana— más o menos pacífica y deseada por los residentes de aquellos territorios.

Muchos serían los puntos que tendríamos que explicitar para avalar nuestro juicio, pero ni el espacio ni el tiempo nos lo permiten, así que reduciremos la discusión a elementos que nos permitan resumir la gama de argumentos. Para ahorrarnos camino veamos cuál es su principal conclusión:

Como hemos visto —señala Weber— México trató de vincular el Lejano Norte



con el centro del país construyendo fuertes lazos políticos, eclesiásticos, militares, económicos y demográficos, pero el centro no respondió [...] Después de tomar en cuenta las variaciones locales, salta a la vista que la tendencia general durante la era mexicana fue poner la frontera mexicana más y más cerca de la frontera norteamericana, no solamente en lo físico, sino sobre todo en el sentido de que las instituciones políticas del norte de México se estaban volviendo más representativas, más capitalistas en su estructura económica y los colonos más independientes de la iglesia y de la milicia. En resumen la frontera mexicana empezaba a parecerse a su contraparte pues se iba convirtiendo en un terreno preñado de oportunidades para el individuo.

En toda esta visión que presenta Weber no hay nada nuevo o distinto a lo dicho por la historiografía norteamericana, a no ser el mayor énfasis y peso que le da a la argumentación ideológica de que al quedar aquellas regiones en la órbita económica de los Estados Unidos, era natural que pasaran a ser parte de la misma nación.

Por último, hay que señalar que también es erróneo decir que a los mexicanos no nos ha interesado la historia de aquella región por el trauma que recibi-

mos al perder aquellos territorios. Historiadores de la talla de Silvio Zavala, Carlos Bosch García, Juan Ortega y Medina y Angela Moyano Pahissa —por sólo mencionar algunos de nuestros contemporáneos— se han interesado en la historia de aquellas regiones y sus visiones contrastan en mucho con la del profesor Weber. Al leerlo, es verdad que se puede tener una visión sintética y de conjunto de los postulados y desarrollos ideológicos de la historiografía norteamericana. Si las omisiones que hasta



aquí hemos mencionado se cubrieran, más otras que se pueden descubrir en su lectura paciente, y alejándose lo más posible de los dogmas y prejuicios del destino manifiesto de la raza anglosajona, seguramente nos darían otra historia de las regiones más septentrionales de la naciente República Mexicana. La discusión aquí comienza, pero para que la investigación se continúe es necesario que nuestros vecinos del norte nos franqueen los archivos, como nosotros lo hacemos con ellos.